

Muchas decisiones equivocadas que tomamos basándonos en los números derivan de comparaciones absurdas, estimaciones no contrastadas y supersticiones absurdas

Pocas cosas tan familiares para el hombre moderno como los números. Los encontramos a todas horas y nos acompañan a todas partes. Desde el despertador digital que al punto de la mañana parpadea mostrándonos la hora hasta la clave teclada en el cajero para extraer dinero, desde el cuentakilómetros del coche que nos lleva al trabajo hasta nuestro inseparable teléfono móvil, todo está marcado por la presencia de las cifras. A poca actividad que desarrollemos, no pasará mucho tiempo sin que nos veamos obligados a manejar algún número. En cierto modo, somos un puñado de guarismos sacados de nuestro documento de identidad, de la cuenta bancaria, del código postal y de nuestro nivel de colesterol: la suma de esos indicadores y alguno más dibuja nuestro retrato más preciso y nos sitúa en el mundo.

El ingente volumen de información que los números ponen hoy a nuestro alcance colma en cierto modo un viejo sueño de perfección. Los humanos siempre han ansiado disponer de herramientas y métodos para evaluar el mundo - lo que viene a ser lo mismo que controlarlo - y para ejercer su dominio sobre él. El proverbial prestigio de los números desde tiempos

inmemoriales es debido, precisamente, a la sensación de realidad que transmiten, a su estrecha relación con la esfera de lo objetivo, de lo cierto, de lo susceptible de ser medido, tasado y abarcado. Cuando uno se siente preso de cierto malestar físico, le tranquiliza comprobar que el termómetro le devuelve una cifra de su temperatura corporal y que otros números le informan de la presión arterial o de la cantidad de glóbulos blancos en su sangre: así la eventual enfermedad deja de ser un trastorno subjetivo para convertirse en realidad científica y, por tanto, curable. La matemática posee una especie de imperativo de autoridad bajo cuyo manto nos sentimos más seguros.

Frías cifras

Pero también la obscenidad de las cifras nos abrumba en muchas circunstancias. Los números nos causan horror cuando contabilizan las víctimas de una catástrofe, y vértigo si se refieren a magnitudes mareantes como la de los millones de galaxias que componen el universo; nos ofenden al reflejar la insultante fortuna de algunos magnates, y nos empequeñecen al recordarnos nuestra edad o la cantidad de habitantes del planeta. Tanto número por todas partes nos convierte en entidades materiales, nos deshumaniza, nos enajena.

De esta ambivalencia de los números nace la compleja relación que mantenemos con

ellos. Un vínculo de amor-odio. De dependencia y al mismo tiempo de recelo. Como explica el matemático John Allen Paulos ('El hombre anumérico', 'Un matemático invierte en bolsa', ambos publicados en español por Taurus), «la línea divisoria entre la psicología y las matemáticas es nebulosa», y está por saber hasta qué punto nuestras reacciones ante muchas realidades vienen condicionadas por «el impacto psicológico que tienen los números». Se refiere Paulos a un fenómeno que él dio en llamar 'innumeracy' ('anumerismo'): esa especie de limitación padecida por algunas personas -o por la mayoría, en determinados casos- para interpretar acertadamente la información que nos proporcionan las matemáticas (o, lo que viene a ser lo mismo, la incapacidad para entender el mundo de forma científica y racional).

Un euro, cien pesetas

Pensemos en la conocida 'falacia del jugador': una moneda lanzada al aire sale cara cinco veces seguidas. Algo en nosotros nos dice que, cada vez que cae de ese lado, aumentan las probabilidades de que en el siguiente lanzamiento salga cruz. Pero no hay ninguna razón lógica para que así sea. La probabilidad de la cruz continúa siendo del 50% independientemente del número de lanzamientos que efectuemos, porque entre otras cosas las monedas carecen de memoria. Y sin embargo insistimos en sospechar que el resultado no puede repetirse tantas veces seguidas.

Es un ejemplo de cómo nuestras preven- ciones, temores, prejuicios o interpreta- ciones erróneas de la realidad se super-

ponen a veces sobre la fría objetividad de los números.

Un caso muy revelador se produjo en España tras la sustitución del sistema mo- netario de la peseta por el del euro. Aun- que se trataba de dos unidades distintas con valor totalmente diferente, una espe- cie de corriente psicológica colectiva fue tendiendo a crear equivalencias falsas entre ambas. De esa manera, productos de consumo ordinario que costaban cien pesetas pasaron a valer un euro, pese a que ello suponía un encarecimiento supe- rior al 60%. Los avispados comerciantes sabían muy bien que nuestro 'anumeris- mo' tiende a establecer coincidencias influido por cierto efecto mágico de los números redondos, y se aprovecharon de ello.

Algo parecido ocurre en los noticiarios televisivos, donde más importante que la noticia en sí es el impacto que ésta pro- duzca en el televidente. Para ello, aparte de las imágenes aparatosas y de otros recursos de la retórica espectacular, los locutores se apoyan en la mención de nú- meros que, pronunciados con el conve- niente énfasis, conceden al hecho contado una importancia desmesurada. Si alguien nos dijera que un 37 % de los ciudadanos consultados en una encuesta es partidario de la cadena perpetua, seguramente pen- saríamos, no sin horror, que están que- brando las convicciones democráticas de nuestra sociedad. No habríamos tenido en cuenta que ese mismo dato encerraba otro más reconfortante: que un 63 % no estaban a favor de esa medida.

No es sólo una cuestión de ignorancia ma- temática. Muchas de las decisiones equi- vocadas que tomamos basándonos en los

números derivan de comparaciones absurdas, de estimaciones no contrastadas e incluso de supersticiones numéricas. La triscadecafobia (el miedo irracional al número 13) es la más extendida, pero no la única; por alguna extraña razón, mucha gente atribuye a ciertos números propiedades benéficas o malignas y no solamente para elegir sus boletos en la lotería. ¿Será que el hombre primitivo que llevamos dentro todavía no se ha identificado racionalmente con los conceptos abstrac-

tos propios de un estado de la inteligencia más avanzado? ¿O que, sometidos a la condena del azar y la imprevisión, nos aferramos desesperadamente a los números como si ellos nos fueran a proporcionar las certezas que echamos en falta? Quién sabe. Lo que sí parece claro es que convendría no mezclar demasiado la matemática con la psicología para evitar consecuencias inconvenientes.

